JUAN VILLARREAL

EL MÚSICO AMBULANTE

ZARZUELA

en un acto, dividido en cuatro cuadros, original

MÚSICA DE LOS MAESTROS

FOGLIETTI y LÓPEZ DEBESA

Copyright, by the author, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

63718

EL MÚSICO AMBULANTE

ZARZUELA

en un acto, dividido en cuatro cuadros

ORIGINAL DE

JUAN VILLARREAL

música de los maestros

FOGLIETTI y LOPEZ DEBESA

Estreno: TEATRO CÓMICO.—22 de Mayo de 1907

MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Srta. Manso.
MARIETTA	Sra. Train.
MUJER 1.ª	Catalán.
IDEM 2.ª	González.
BRINQUINI	Sr. Gamero.
CRISPÍN	Vera.
LEONARDO	Sirvent.
JOSÉ	Fuentes.
JUAN	Mariner.
TENIENTE FRANZ	De Francisco
PEPPINO	Del Valle.
PERUSA	Morilla.
UN CABO	Travesí.
UN SARGENTO	Moliné.
UN GUERRILLERO	Contreras.
UN CENTINELA	Boluda.

Mujeres y hombres del pueblo. Guerrilleros y soldados austriacos

La acción en Italia. — Año 1859

Derecha é izquierda, las del actor

Al simpático Lleó le dedica

esta especie de ... eso

El Autor.

Cumplo un deber de gratitud al citar aquí los nombres de la Srta. Manso y Sres. Gamero y Sirvent, que con su interpretación concienzuda, consiguieron salvar los defectos de esta obra.

El Autor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el patio de un mesón. Edificios á derecha é izquierda, con puertas practicables. Al fondo, tapia baja con puerta grande en el centro.

ESCENA PRIMERA

CORO de mujeres del pueblo, que salen por el foro. Después, MARGARITA, MARIETTA y CRISPÍN, la primera por la derecha; MUJERES 1.ª y 2.ª

Música

CORO

Se murmura,
se asegura
que los austriacos aquí vendrán,
y se temen
los horrores,
que los invasores
cometerán.
Yo ya estoy temblando
de pies á cabeza.
¡Dios mío, qué miedo!
¡Dios mío, qué horror!
Si hemos de librarnos
dada su fiereza,

irnos de este pueblo
será lo mejor.

MARG. (Saliendo á tiempo.)
Mas brío y decisión,
no hay nada que temer;
el pueblo con tesón
sabremos defender.

CORO ¡Defender! ¡Defender!
Falta, Margarita,
que eso pueda ser.

MARG. De los tambores el ronco redoble
que al aire vibra sonoro y marcial,
me presta audacia, valor y energía
y gozo al oirlo
ansiando luchar.
Y al escuchar de las cornetas
la sonora vibración,
siente el alma tan grata emoción
que el culto de la patria
hace ardiente revivir,
y da valor para luchar hasta morir.

TODOS Y al escuchar de las cornetas
la sonora vibración,
siente el alma tan grata emoción
que el culto de la patria
hace ardiente revivir,
y da valor para luchar hasta morir.

MARG. Nuestro lema es resistir
y luchar hasta morir.

TODOS Nuestro lema es resistir
y luchar hasta morir.

Hablado

MARG. Desde este momento queda prohibido el miedo.

CRIS. Queda prohibido.

MUJ. 1.ª ¿Y si vienen los austriacos?

MARG. Nos defenderemos.

CRIS. Eso; nos defenderemos.

MUJ 1.ª ¿Y si son muchos?

MARG. Sabremos morir. En los pechos lombardos no puede albergarse el miedo.

CRIS. Justo; no puede albergarse.

MUJ. 1.ª Es que tu marido acaba de meternos el corazón en un puño.

MARG. ¿Qué os ha dicho?

MUJ. 1.ª ¡Que son terribles!

MUJ. 2.ª Que no respetan nada.

MUJ. 1.ª Ni á las mujeres.

MAR. ¡Dios mío, qué horror! La Santa Madona me libre de ellos.

CRIS. Y si la Santa Madona no te librara, no te apures: aquí está tu maridito para hacer de madona.

MARG. No hay que amilanarse. Las uñas y los dientes serán nuestras armas.

CRIS. Si tenéis todas esas armas como mi Marietta, no arriendo la ganancia al enemigo.

ESCENA II

DICHOS y JOSÉ que sale precipitadamente por el foro seguido de JUAN. Se supone que el primero ha oído las últimas palabras de Margarita

JOSÉ ¡Silencio, mujer imprudente! Pueden oirte y entonces estamos perdidos.

MARG. ¿Tan cerca se hallan?

JOSÉ Sus avanzadas están en las colinas.

CRIS. ¿En las colinas? (Ademán de marcharse.)

MAR. ¿Dónde vas, Crispín?

CRIS. A las colinas.

MAR. No seas imprudente, esposo mío.

JOSÉ Sí, hombre, no vayas á meter la pata. Tú ocúpate de tu confitería.

MAR. ¡Ay, sí, por Dios, Crispín! Hay que ser prudentes.

JOSÉ Sí, señora; muy prudentes.

MARG. ¿Tiemblas?

JOSÉ Por tí, Margarita; por tí.

CRIS. Pues no hay que temblar por nadie; aquí estoy yo para eso: para defenderlos á todos.

MARG. Supongo que como alcalde de esta villa, habrás dispuesto lo necesario para defenderla.

JOSÉ ¡Defenderla! No pienso hacer locuras. Cuando el enemigo se encuentre cerca del pueblo, saldré á ofrecerle mis respetos y cuanto necesiten.

MARG. ¿Y el patriotismo?

CRIS. Eso, ¿y el patriotismo?

JOSÉ No reza con los dueños de mesón. Además, he averiguado que las fuerzas que vienen no piensan causarnos ningún daño. Su misión está reducida á la busca, captura y fusilamiento de ese loco de Leonardo, que tantos muertos les hizo el otro día con sus guerrilleros. Dicen que han pregonado su cabeza y dan por ella una barbaridad de dinero. El que lo entregue ó lo delate se redondea.

MARG. Ya sabes que mi madre fué su nodriza y que le quiero como á un hermano. Así es que estoy dispuesta á defenderle.

JOSÉ Puede que no hicieras otro tanto por mí.

MARG. No me gustan los cobardes.

CRIS. Ni á mí.

JOSÉ Bueno; pues yo no estoy dispuesto á que los austriacos me perforen la cabeza con plomo.

MARG. Porque eres un cobarde.

JOSÉ ¡Margarita, Margarita! Soy tu marido y no tolero que me ofendas: soy alcalde y no consiento que se me den lecciones. ¿Quién pone en duda mi valor?

CRIS. Toda la comarca.

JOSÉ Tú te vas á hacer... merengues. A más, la comarca se equivoca si piensa en eso.

MARG. Pruébalo. Subamos al Campanario; convoquemos á los campesinos al toque de arrebato, y una vez reunidos salimos á rechazar á los invasores.

CRIS. Muy bien dicho. Ahora mismo voy á mandar que repiquen gordo. (Va á marcharse.)

JOSÉ Alto. Nada de toques ni de violencias. En vez de enviarles unas cuantas balas, que ellos nos devolverían con creces, preparemos una buena merienda para los jefes y algunos toneles de vino para los soldados,

y no haya miedo de que se metan con nosotros.

MARG. ¿Esa es tu última palabra?

JOSÉ Lo es.

MARG. Seguidme, muchachas. Vamos á demostrar á los hombres de lo que son capaces las mujeres.

CRIS. Marietta, vé tú también á demostrar á los austriacos de lo que eres capaz.

MARG. Vamos, muchachas. (Vanse con música en la orquesta.)

ESCENA III

JUAN y CRISPÍN; éste va á salir detrás del coro y le detiene Juan por un brazo

JUAN (Este fanfarrón puede serme útil.) Señor Crispín, así me gustan á mí los hombres, y no como el alcalde que tiene un miedo como para él solo.

CRIS. Como para unos cuantos.

JUAN En cambio, ya he observado que sois un valiente patriota.

CRIS. Sí, señor, mucho. (Medio mutis.)

JUAN (Deteniéndole.) Pues me alegro; porque yo no estoy dispuesto á someterme á las órdenes del alcalde y supongo que vos tampoco. Mientras mi corazón lata, sabrán los austriacos apreciar la puntería de un buen lombardo.

CRIS. Si consiste en los latidos del corazón dejo en cuadro al enemigo. Porque yo soy muy nervioso.

JUAN Cuestión de temperamento: pero eso no quiere decir nada.

CRIS. ¡Nada! (Medio mutis.)

JUAN (Idem.) De modo que ya lo sabéis; juntos venceremos ó juntos moriremos.

CRIS. No me gustan las medias; prefiero trabajar solo. (Idem.)

JUAN (Idem.) Pero, ¿dónde vais?

CRIS. A cumplir con mi deber... A dar una vuelta á la gelatina de limón... y después á ocupar mi puesto.

JUAN Déjese ahora de gelatinas y vamos á enterarnos de las disposiciones del alcalde, para que sepamos á qué atenernos.

CRIS. Yo bien lo sé.

JUAN Pero yo, no; y me conviene saberlo. Conque vamos andando.

CRIS. Así te mueras. (Mutis foro.)

ESCENA IV

LEONARDO sale cautelosamente del edificio de la izquierda

¡Pregonada mi cabeza! (Llega á la puerta de la tapia.) La tarde espira. En cuanto protegido por las sombras pueda abandonar esta casa, saldré al campo, y otra vez en unión de mis compañeros—que de fijo me aguardan impacientes — seguiremos luchando hasta morir.

ESCENA V

DICHO y PERUSA

PER. ¡Leonardo!

LEON. ¡Perusa!

PER. ¿Estás loco?

LEON. Nunca estuve más cuerdo.

PER. No das pruebas de estarlo. Abandonas tu escondite cuando corres más peligro que nunca.

LEON. No estoy dispuesto á dejarme matar sin defenderme. En cuanto la noche cierre me lanzaré al campo.

PER. Ten prudencia. Ya que gracias á la hospitalidad de Margarita pudiste burlar la persecución de que eras objeto, no es cosa de que por tu impaciencia la vayas á comprometer.

LEON. Es verdad. Supongo que su marido continúa ignorando que me oculto en su casa.

PER. Así lo creo.

LEON. No debemos fiarnos.

PER. Nada temas; le vigilo yo.

LEON. ¿Qué sabes de nuestros compañeros?

PER. Diseminados por estas cercanías, esperan tus órdenes.

LEON. Está bien. Esta noche me reuniré con ellos en el Paso de los Riscos.

PER. Te acompañaré. Pero entre tanto vuelve á tu escondite y prométeme que no has de salir hasta que Margarita ó yo vengamos á buscarte.

LEON. Así lo haré. (Vase habitación izquierda cerrando puerta.)

ESCENA VI

PERUSA, JOSÉ y algunos mozos por el foro

JOSÉ (A Perusa.) Pronto, mi bastón de autoridad y las llaves del Ayuntamiento. Los austriacos llegan á la plaza y no quiero dar lugar á que nos enseñen la cortesía á culatazos. (Vase Perusa habitación derecha.) Vosotros entrad en la bodega, tomad dos toneles y llevadlos al Ayuntamiento. (Vanse mozos habitación derecha.) Hay que ser espléndidos con las fuerzas... y á la fuerza. (Sale Perusa y entrega el bastón.) Sin mi prudencia hoy sería un día de luto para este pueblo. (Salen los mozos con dos toneles y vanse foro.) Conque vamos á cumplimentar á nuestros huéspedes.

PER. Yo me quedo.

JOSÉ Cuidado con lo que se hace, que no estoy dispuesto á tolerar locuras comprometedoras.

PER. No pienso comprometerle.

JOSÉ Está bien. (Vase foro.)

PER. A pesar de tus consejos, antes de que el enemigo abandone el pueblo le haremos saber que no todos son tan prudentes como el alcalde. (Vase habitación derecha.)

ESCENA VII

MARGARITA y LEONARDO; la primera por el foro y Leonardo por la izquierda

Música

MARG. No es el dolor acerbo el que á mis ojos
arranca lágrimas á mi pesar,
es el coraje que en el pecho siento
y con mi llanto quiero desahogar.
Aquí el enemigo logró penetrar,
detener no pudieron
su paso triunfal.
¿Por qué, por qué, Dios mío
nací débil mujer?
¡Quién hombre duro y fuerte pudiera ser!
¡Leonardo!

LEON. (Saliendo.) ¡Margarita!

MARG. Detente por favor,
el enemigo acecha.

LEON. No temo al invasor.
Nada temas por mi vida,
tu cariño fraternal
ve peligros que no existen;
nada esperes en mi mal.

MARG. No intentes engañarme
así fingiendo
una vana ilusoria
tranquilidad;
sé bien que si al fin logran
tu captura,
en tu cuerpo querido
se ensañarán.

LEON. No intentes detenerme
he de marchar al fin.

MARG. Por Dios, hermano mío,
no me hagas sufrir.
No me importa que te lances
al combate con ardor
y demuestres peleando
tu firmeza y tu valor.

Pero piensa que estás solo
y que inútil ha de ser
arriesgar así la vida
porque no podrás vencer.

LEON. Un volcán siento en mi pecho
que duplica mi valor
y oigo voces que me ordenan
ir al campo del honor.
Ni los riesgos me amedrentan
ni me importa no vencer,
si sucumbo por la patria
ya cumplí con mi deber.
¡Ya cumplí con mi deber!
¡Ya cumplí con mi deber!
(Se dirige hacia el foro. Margarita le detiene.)

Hablado

LEON. No me detengas, Margarita.

MARG. No saldrás: cuando la noche cierre veremos el medio de que salgas y cumplas con tu deber.

LEON. No; ahora. (Va al foro: se oye hablar al Alcalde dentro.)

MARG. Ocúltate por Dios, que viene gente. (Leonardo se mete por la izquierda y Margarita por la derecha.)

ESCENA VIII

JOSÉ y PEPPINO, por el foro

JOSÉ Si encuentran á Leonardo le van á fusilar como á un perro.

PEP. ¿Tanta rabia le tienen?

JOSÉ Como que, segun cuentan, les lleva hechas más de cien bajas entre muertos y heridos.

PEP. Dicen que al que le entregue ó descubra su paradero, le darán una buena suma.

JOSÉ Veinte mil liras.

PEP. ¡Bonita cantidad!

JOSÉ Ya lo creo.

PEP. ¿La aceptaríais?

JOSÉ Yo no. Además, sabe Dios dónde habrá ido el mozo á dar con sus huesos. De fijo se encuentra á estas horas en lo más áspero de la montaña.

PEP. (Con misterio y malicia.) O muy cerca de aquí.

JOSÉ ¿Eh, qué dices?

PEP. Lo que oís.

JOSÉ ¿Acaso sabes?...

PEP. Lo que ví hace tres noches.

JOSÉ ¡Cuenta, Peppino!...

PEP. No sé si debo...

JOSÉ Te lo mando.

PEP. Sea. Pero si escuchais algo desagradable, no os enojéis.

JOSÉ Tienes mi palabra.

PEP. Ya sabéis que cuando hace tres días Leonardo acometió con su gente á los austriacos, estuvieron á punto de hacerle prisionero. Pero como su astucia corre parejas con su temeridad, fingió que se ocultaba en la montaña, cuando lo que hizo fué ocultarse en el Bosque de los Fresnos. Aquella misma noche, en cuanto el enemigo se alejó, llegó al bosque un hombre, silbó levemente, y apareció Leonardo, y juntos entraron en el pueblo.

JOSÉ ¿Qué dices?

PEP. No he concluído. Llegaron á una casa en cuya puerta les esperaba una mujer.

JOSÉ ¿Y esa casa y esa mujer?

PEP. (Como distraído) La verdad es que no se ganan así como así veinte mil liras.

JOSÉ Contesta á mi pregunta.

PEP. ¿Para qué? Leonardo debe encontrarse á estas horas en lo más espeso de la montaña.

JOSÉ Sígueme, Peppino: aquí no podemos hablar.

PEP. Si no tengo más que decirle.

JOSÉ Sígueme te digo. (Mutis por el foro derecha.)

ESCENA IX

BRINQUINI y CORO, por el foro izquierda

Música

CORO — Aquí viene Brinquini,
el gran titiritero
que con su orquesta magna
recorre el mundo entero.
Con su cantar
nos va á alegrar.

BRIN. — Soy músico ambulante,
acróbata y cantante,
y es tal mi habilidad
que al ver la gracia mía
me aplauden á porfía
el campo y la ciudad.
Tocando el clarinete
sé hacer cada falsete
que no hay un profesor
que no diga al momento
que soy todo un portento
y es cierto, sí señor.

CORO — ¡Qué horror!

BRIN. — A más de coupletista
yo canto con primor
canciones picarescas
que llaman la atención.

CORO — Tararará, tararará,
tararará, tararará.

BRIN. — Una niña muy bonita
á un vejestorio se unió
despreciando á un chico guapo
que de amores la requirió.
Ella dice que el dinero
es siempre lo principal,
y aunque no exista cariño,
sin cariño dicen se puede pasar.
La jovencita taimada
cara pagó su ambición,
porque el pillastre del viejo,
¿sabéis al fin con qué salió?

CORO ¿Con qué salió? dígalo ya
BRIN. Con que no tenía ná.
Ya ustedes ven
que en mi cantar
no hay quien se pueda
molestar.
CORO Muy bien se ve
que en su cantar
no hay quien se pueda
molestar.
BRIN. Un marqués napolitano
una hermosa casa compró
y allí daba reuniones
que animaban la población.
La marquesa, guapa y joven,
y que tiene empeño en jugar,
se pasaba muchas horas
con un duque jugando al billar.
El marqués, viejo celoso,
algo llegó á sospechar,
y una noche al joven duque...
¿Queréis saber lo que ocurrió?
CORO Pues claro está, refiéralo.
BRIN. Pues que el taco le rompió.
Ya ustedes ven
que en mi cantar
no hay quien se pueda
molestar.
CORO Muy bien se ve
que en su cantar
no hay quien se pueda
molestar.
Tarará... tarará... tarará...
(Los couples serán acompañados haciendo uso á su tiempo de sus instrumentos.)

Hablado

CORO ¡Otra, otra!
BRIN. Dejadme, por Dios, que estoy rendido; á la tarde en la pradera.
CORO ¡Viva Brinquini! (Mutís Coro, foro, con música en la orquesta.)
BRIN. ¡Ay! ¡Vengo molido! Voy á tener que reducir la orquesta. ¡Mesonero! ¡Mesoneroooo!

ESCENA X

DICHO, PERUSA por la derecha; á poco MARGARITA ídem

PER. ¿Quién llama?

BRIN. Angelo Brinquini, músico ambulante, acróbata excelente, cantor á ratos y artista siempre, el cual pide un lecho para descansar, porque el pobrecito no puede con sus huesos.

PER. ¿Habéis andado mucho?

BRIN. Seis leguas, cargado con todos estos chirimbolos. Pero no ha sido eso lo peor, sino que al llegar á las inmediaciones de este pueblo tropecé con una avanzada austriaca, y como los soldados estaban de buen humor, me han tenido en funciones de mi cargo más de dos horas.

MARG. ¡Infames!

BRIN. Servidor vuestro, bondadísima señora. ¡Muy infames!

PER. Pues á descansar.

BRIN. Falta me hace.

MARG. (Aparte.) ¡Ah, qué ideal Seguidme, buen hombre. Ven con nosotros, Perusa. Le daremos una habitación retirada, y podrá dormir sin que nadie le moleste.

BRIN. Así sea. (Vanse las tres edificio izquierda.)

ESCENA XI

JOSÉ foro, seguido de algunos mozos

Esos condenados beben como si hubieran comido de vigilia. Llevadles otro par de toneles, porque de lo contrario temo que se lancen al asalto de las bodegas. (Los mozos entran en la derecha y salen á poco con dos toneles.) Menos mal que el grueso de la fuerza que esperan no se detendrá en el pueblo. Según parece tratan de cortar el paso á nuestra

caballería. Lo sensible será que se marchen sin cortar la cabeza á ese Leonardo que Dios confunda.

ESCENA XII

DICHO y PEPPINO foro

PEP. (Con misterio.) Señor Alcalde...

JOSÉ ¡Animal, que me has asustado!

PEP. Bueno. Ya está dado el paso.

JOSÉ Peppino, no me comprometas.

PEP. No hay cuidado.

JOSÉ No me fío. Mira, por si van mal dadas, vámonos de aquí. (Vanse derecha. Salen Margarita y Perusa del edificio de la izquierda y penetran cautelosamente en el de la derecha.)

ESCENA XIII

TENIENTE FRANZ, UN SARGENTO y varios SOLDADOS austriacos foro; después BRINQUINI

TEN. ¡Alto!... ¡al!... ¡Preparen, armas!... Sargento, penetre en ese edificio con dos soldados y de grado ó por fuerza apodérese de cuantas personas encuentre.

SARG. Números uno y dos, seguidme. (Vanse izquierda.)

TEN. Estad dispuestos á hacer fuego en cuanto os lo mande. ¡Maldito guerrillero y que trabajo nos ha costado dar con él! Pero de esta no escapa. (Pausa. Sale Brinquini, al que llevan sujeto entre el Sargento y un soldado. El otro va detrás llevando algunas prendas de vestir, un puñal muy largo y una carabina. Brinquini va envuelto en una manta.)

BRIN. (Al oficial.) Servidor.

TEN. ¡Silencio! Bajo pena de fusilamiento inmediato os prohibo que pronuncies una sola palabra hasta que seais interrogado.

BRIN. ¡Hermoso procedimiento!

TEN. Silencio he dicho. Soldados, ¡firmes! De frente... ¡mar!...

BRIN. (Restregándose los ojos.) (¿Si tendré la pesadilla?) (Vanse, llevando en medio á Brinquini.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón á todo foro que representa un lugar montañoso

ESCENA PRIMERA

CORO DE GUERRILLEROS; después LEONARDO y PERUSA. Uno de los guerrilleros figura estar de espía en lugar adecuado

Música

CORO

Del bosque en la espesura
velando sin temor
tranquilos acechamos
el paso del invasor. (Se repite este verso.)
Nos manda un jefe
sereno y bravo
que siempre lucha
con decisión;
á cien combates
nos ha llevado
y se ha portado
como un león.
Saliendo al paso
del enemigo
que á nuestra patria
quiere oprimir,
la independencia
defenderemos,
y lucharemos
hasta morir;
y lucharemos

hasta morir...
hasta morir.

(Sale Leonardo con el traje puesto de Brinquini, lleva armas lo mismo que Perusa.)

Hablado

LEON. Dios os guarde, amigos.

GUER. ¡Leonardo! Por fin estás de nuevo entre nosotros. (Le abrazan.)

PER. Gracias á un pobre músico ambulante, con cuyas ropas lo hemos disfrazado.

LEON. Eso lamento: que mi libertad pueda costar la vida á un hombre. Yo no quería, pero se obstinaron Margarita y éste, y tuve que ceder.

GUER. ¡Viva Leonardo!

TODOS ¡Viva!

LEON. Gracias, amigos.

GUER. Compañeros, los austriacos vienen hacia aquí.

TODOS A ellos. (Cuadro. Música, número descriptivo. Durante el mismo se oyen dentro tiros.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Telón corto de campo

ESCENA PRIMERA

JUAN y CRISPÍN por la derecha

CRIS. Conque si os parece poco...

JUAN No se apure, hombre, que todo se arreglará y libertaremos á su mujer.

CRIS. Aunque la libertemos. ¡Tantas horas en poder de esos bárbaros!... Hay cosas que no

tienen arreglo... No se han contentado con comerse hasta el azúcar cande, sino que se han apoderado de la confitera. Y vos tenéis parte de culpa.

JUAN ¿Yo?

CRIS. Sí, señor. Porque si no me hubiérais tenido hecho un zascandil de un lado para otro y me hubiérais dejado ir á inspeccionar la gelatina de limón, hubiera defendido con ardor la mercancía y la costilla.

JUAN Bueno; ya no tiene remedio. Ahora astucia y valor. Es necesario que libertemos también á ese pobre saltisbanqui.

CRIS. A mí quien me interesa es mi Marietta.

JUAN No seais egoísta.

CRIS. ¡Claro! Como no estáis en mi lugar...

JUAN Lo mismo sería.

CRIS. ¡Un cuerno! Pues ahí es nada. Suponer que... Vamos, no quiero ni pensarlo, porque me siento capaz de embestir contra toda esa soldadesca y no dejar títere con cabeza.

JUAN Pues eso es lo que hace falta: que rescatemos á su mujer y á ese desgraciado músico ó lo que sea, y que de paso, escarmentemos á esa chusma. Si consigo disolver en los toneles de vino que les queden por beber, estos polvos, van á morir como chinches.

CRIS. Poco podemos hacer dos contra tantos.

JUAN Pondremos los medios. Y en último caso moriremos matando.

CRIS. ¡Vaya un consuelo!

JUAN No creo que el que tanto alardeaba, sienta ahora miedo.

CRIS. ¿Yo miedo? ¿Miedo yo? (Se oyen tiros lejos.) ¡Ay!...

JUAN ¿Habéis oído?

CRIS. (Con voz temblona.) ¡Caramba! ¿Creéis que soy sordo?

JUAN Esos tiros nos anuncian que debemos proceder con mucha prudencia.

CRIS. Agradezco el consejo, pero no es necesario.

JUAN ¿Traéis armas?

CRIS. ¡Ya lo creo! Mirad. (Saca un pistolón grande.) Y que está cargado hasta la boca.

JUAN Pues en marcha, y á vencer ó morir.

CRIS. (¡Ay, Marietta, qué cara me cuestas!) (Se vuelven á oir tiros.)

JUAN ¿Oís?

CRIS. ¡Vaya si oyo! Digo, si oigo.

JUAN Vamos á ver qué pasa.

CRIS. (Resuelto) Mirad, lo que pasa es que yo he pensado no pasar de aquí.

JUAN ¿Cómo?

CRIS. Pues no andando más.

JUAN ¿Pero qué decís?

CRIS. Digo que yo no enveneno á nadie. Que ese músico ó lo que sea, no me importa absolutamente nada: y que á mi mujer, por mi parte, se la pueden llevar los austriacos ó los demonios.

JUAN De modo, ¿que os volvéis atrás de lo convenido?

CRIS. Sí, señor; me vuelvo. (Ademán de marcharse.)

JUAN (Deteniéndole.) ¿Pero estáis loco?

CRIS. ¡Quiá! Como lo estaría es si siguiera sus consejos.

JUAN Así proceden los gallinas.

CRIS. Y los confiteros que se estiman en algo.

JUAN Sois lo que desde un principio supuse.

CRIS. Tenéis buen ojo.

JUAN Bien mirado, la compañía de un cobarde, podría perjudicarme.

CRIS. Y precisamente á mí, no me gusta perjudicar á nadie.

JUAN ¡Sois un miserable! (Mutis.)

CRIS. Pero mortal. ¡Caramba! Mucho quiero á mi Marietta, pero no hasta el punto de sacrificar mi vida por la de ella. Es decir, por la de ella, no: porque con toda seguridad, los austriacos no habrán atentado contra su vida, por la sencilla razón de que... ¡Vaya, que no quiero ni pensarlo, porque me vuelvo loco! ¡Canallas! ¡Infames! ¡Si los cogiera aquí!... (Saca la pistola.)

ESCENA II

CRISPIN, un CABO y cuatro Soldados por la izquierda. Salen cautelosamente y con tiempo de oir las amenazas de Crispín

CABO — Daos preso.

CRIS. — (¡Soy perdido!) ¿Preso? ¿Por qué? Yo soy un ciudadano pacífico.

CABO — Eso se lo contaréis al oficial de guardia. La ronda que mando, tiene la misión de prender á todo el que encuentre en las cercanías del campamento.

CRIS: — Repito que soy un ciudadano pacífico, y confitero por más señas.

CABO — ¿Sabéis la pena que se aplica á todo el que se coja con las armas en la mano? La de ser fusilado.

CRIS. — (¡Cristo me valga! ¡Ah, qué idea!) Pues bien. No puedo negar que empuño un arma. Pero ¿sabéis quien la empuña? (Ahora salen corriendo.) ¡¡Leonardo Ferrara!!! ¡Y al que me cierre el paso lo tumbo de un tiro! (Los apunta con la pistola cogida por el cañón. Los austriacos retroceden un poco.) ¿No lo dije? ¡Corren! ¡Brrr!...

CABO — Daos preso, ó mando hacer fuego. (Los soldados apuntan con cierto recelo.)

CRIS. — (¡Gran Dios, me falló el tiro!)

CABO — Entregadme esa pistola.

CRIS. — ¡Nunca!

CABO — ¡Fuego! (Los soldados apuntan ya decididos á hacer fuego.)

CRIS. — ¡Ay! (Se arroja instantáneamente en brazos del Cabo. Los soldados no se atreven á disparar por miedo de herir á éste. Cabo y Crispín giran dando vueltas para no poner blanco. Los soldados retiran los fusiles y se abalanzan sobre Crispín, al que sujetan entre todos. Se lo llevan sujeto, entre protestas y promesas de Crispín.)

MUTACION

CUADPO CUARTO

Interior de una habitación blanca, con puerta al foro y derecha. Lado izquierdo una mesa con recado de escribir y un sillón. En sitio conveniente dos sillas. Sobre una de ellas las prendas y armas que cogieron á BRINQUINI en el primer cuadro.

ESCENA PRIMERA

TENIENTE FRANZ, sentado junto á la mesa; á la puerta exterior CENTINELA

Si la captura de este famoso guerrillero no me vale el ascenso á capitán, no sé para cuándo van á ser las recompensas. ¡Sargento de guardia!

ESCENA II

DICHO y SARGENTO, foro izquierda

SARG. A la orden.

TEN. Traed al preso á mi presencia. (Vase el Sargento por el foro.) El desdichado cree que se va á salvar negando, y se engaña. (Pausa.)

ESCENA III

DICHOS. BRINQUINI, envuelto en una manta. SARGENTO y dos Soldados, foro

BRIN. (¿Qué me querrá de nuevo este cafre?)

TEN. ¿Conque os negais á vestiros? (Señalando las prendas que hay en la silla.)

BRIN. Señor oficial, repito que esas prendas no me pertenecen. (Señalando á la silla.)

TEN. ¿Y las armas?

BRIN. Menos.

TEN. Os advierto que conmigo no valen comedias.

BRIN. Yo sólo hago títeres.

TEN. ¿Cómo os llamais?

BRIN. Ya os lo he dicho. Angelo Brinquini, músico ambulante, acróbata excelente, bailarín aplaudido. (Inicia paso de baile.)

TEN. ¿De dónde sois?

BRIN. De la Saboya.

TEN. ¿A dónde íbais?

BRIN. (¡Qué preguntón!) Voy de pueblo en pueblo, como el pájaro va de rama en rama. Soy así.

TEN. Decidme dónde se encuentran vuestros compañeros, y acaso no os pese.

BRIN. Trabajo solo.

TEN. Se os acusa de haber dado muerte á muchos de nuestros soldados.

BRIN. ¡Calumnia, señor! Por matar, ni aun al gusanillo consigo matar algunas veces.

TEN. ¡Leonardo Ferrara, estais mintiendo!

BRIN. Señor oficial, repito que desconocéis mi partida de bautismo. ¡Si me conoceré á mí mismo! Daría cuanto poseo, por poderos probar que soy Brinquini.

TEN. Creo haberos oído que no poseiais nada.

BRIN. Razón de más para darlo todo.

TEN. Sois un cómico.

BRIN. Músico ambulante nada más.

TEN. ¿Y cristiano?

BRIN. Por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

TEN. Pues encomendaos á él, porque dentro de hora y media, vais á ser pasado por las armas. (Brinquini cae de rodillas, adoptando una actitud cómica.)

BRIN. ¡Señor mío Jesucrist !... Digo, señor oficial; eso es una barbaridad. Soy inocente; soy Brinquini.

TEN. Sacadle de aquí y preparad lo necesario para la ejecución.

BRIN. Señor oficial, que esa es una mala ejecución.

TEN. Dentro de hora y media, cuatro tiros lo habrán arreglao todo. (Al sargento.) Llevadle.

BRIN. (¡Dios mío, que se le pare el reloj á este bruto!) (Sargento y soldados se llevan á Brinquini: foro izquierda.)

ESCENA IV

TENIENTE FRANZ; JOSÉ y PEPPINO, foro derecha; después SARGENTO

CENT. ¿Quién vive?
JOSÉ Italia.
CENT. ¿Qué gente?
JOSÉ El alcalde del pueblo.
CENT. Adelante.
JOSÉ (Abriendo la puerta.) ¿Se puede?
TEN. Pasen.
JOSÉ Dios os guarde, señor oficial.
TEN. Sean bien venidos.
JOSÉ Hemos tardado, porque queríamos evitar murmuraciones.
TEN. Habéis hecho bien.
PEP. ¿Y qué dice nuestro hombre?
TEN. Persiste en negar.
PEP. No tiene otra defensa.
TEN. Es hombre listo.
JOSÉ Demasiado listo.
TEN. No se quedan ustedes atrás, pues han sabido ganarse las veinte mil liras.
PEP. Señor oficial... (Inclinándose.)
SARG. ¡Mi teniente!
TEN. ¿Qué pasa?
SARG. El preso desea hablar con vos.
TEN. A propósito. Traedlo.
JOSÉ Con vuestro permiso, nos retiramos.
TEN. No, quedaos. Es necesario que firméis vuestras declaraciones y antes debéis ratificaros á presencia del preso.

ESCENA V

DICHOS, BRINQUINI, SARGENTO y dos SOLDADOS foro,

TEN. ¿Qué deseais?
BRIN. Pedir... rogar... manifestar que yo no soy ese Leonardo, al que teneis tanta tirria.
TEN. ¿Os atreveis á negar delante de estos que tan perfectamente os conocen?
BRIN. Pues es la primera vez que los veo.
TEN. Ya lo oyen. Este hombre lo niega todo.
BRIN. Digo la verdad.
TEN. Desmiéntanle.
BRIN. ¿Que me desmientan?
JOSÉ (Temblando.) Señor oficial...
TEN. Pronto.
JOSÉ Este hombre no es Leonardo Ferrara.
PEP. ¡No lo es!
BRIN. Qué he de serlo. ¡Si lo sabré yo!...
TEN. (A José y Peppino.) ¡Cómo! ¿Ahora salimos con esa?

ESCENA VI

DICHOS, CRISPÍN, CABO y SOLDADOS, foro derecha

CABO A la orden. Vengo á comunicaros que en las inmediaciones del Campamento, hemos hecho prisionero al guerrillero Leonardo Ferrara.
TEN. ¡Leonardo Ferrara!
CABO Así lo ha confesado él mismo, al tratar de agredirnos con esta pistola. (La entrega.)
BRIN. ¡Cabo eximio! Si estuviera en mi mano, os nombraba desde este momento mariscal.
TEN. Traedlo á mi presencia. (Sale el Cabo y vuelve con Crispín.)
JOSÉ ¡Cómo!
PEP. ¿Eh?

CRIS. ¡El Alcalde y Peppino!

BRIN. (Tratando de abrazar á Crispín.) ¡Bien venido seais! ¡tabla salvadora!

TEN. Silencio. (A Crispín.) Responded á lo que os voy á preguntar. ¿Cómo os llamais?

CRIS. Crispín Miravini.

TEN. ¡Mentís! ¡Habeis dicho al Cabo que sois Leonardo Ferrara...!

CRIS. El Cabo está borracho, yo soy un ciudadano pacífico.

TEN. ¡Pacífico!... ¿Entonces, para qué llevábais esta pistola?

CRIS. Para cazar, señor oficial.

TEN. ¿De noche?

CRIS. ¡Sí, señor; me dedico á las lechuzas!

BRIN. Señor oficial, ya estáis viendo que este hombre es un pájaro de cuenta. Incurre en contradicciones. No os quepa duda. Es Leonardo Ferrara. Con tal motivo, no toméis á descortesía el que yo me retire, pues tengo prisa. (Ademán de retirarse.)

TEN. (Deteniéndole.) Silencio.

CRIS. Señor: repito que me llamo como he dicho, y que soy confitero por más señas.

BRIN. Lo que sois, es un *pastelero*, que tratais de comprometerme; y hacéis mal. Porque total no es nada lo que os va á pasar. Cuatro tiros...

CRIS. ¡Nada! De que no miento pueden dar fe estos amigos.

JOSÉ En efecto; es un vecino pacífico.

PEP. Es verdad.

BRIN. Farsa, señor oficial; están de acuerdo.

TEN. ¿Pacífico, eh? (Mostrando la pistola.) ¿De modo que según ustedes, ninguno de estos dos es Leonardo Ferrara?

JOSÉ Ninguno.

PEP. No, señor.

TEN. Pues bien. Ustedes por haber tratado de estafar las veinte mil liras y por encubridores, y ustedes por quedarme la duda de cuál de los dos pueda ser el verdadero Leonardo Ferrara...

BRIN. A la calle todos.

TEN. Los cuatro serán pasados por las armas. (Todos caen de rodillas.)

JOSÉ ¡Misericordia!

PEP. ¡Piedad!

TEN. ¡Favor!

CRIS. Señor oficial. Sois un pedazo de animal dictando órdenes.

TEN. Sargento, cúmplase la ejecución en el acto.

JOSÉ ¡Ay, Dios mío!

PEP. ¡Perdón!

BRIN. ¡Asesino!

CRIS. ¡Socorro, socorro! ¿Pero para cuándo serán las muertes repentinas?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LEONARDO, JUAN, PERUSA, GUERRILLEROS. Después MARGARITA, MARIETTA y algunas mujeres (foro). Juan y Perusa se arrojan sobre el centinela al que desarman y tapan la boca

LEON. ¡Guerrilleros! ¡Viva la independencia!

GUERS. ¡Viva! (Leonardo y los Guerrilleros apuntan al Teniente. Este desenvaina el sable.)

TEN. ¿Eh?

LEON. Un paso más y sois muerto. A Leonardo Ferrara, jamás le tiembla el pulso.

TEN. ¡Leonardo Ferrara!

LEON. Ese soy.

TEN. ¡A mí la Guardia!

LEON. Todo intento de defensa será inútil. Estáis cercados. Perusa, ¡vigila al oficial y á sus soldados! (Perusa y algunos Guerrilleros rodean al oficial.)

BRIN. Señor Ferrara. Aquí tenéis á vuestra contrafigura

LEON. Buen hombre, perdonad si por salvar mi vida, puse en peligro la vuestra.

CRIS. ¡Ay, Leonardo, que á tiempo has llegado! Que fusilen á ese Nerón en el acto.

JUAN (Por José y Peppino.) A estos canallas es á los que se debe fusilar.

JOSÉ ¡Perdón!

PEP. ¡Clemencia!

LEON. Que los castigue su conciencia. Marchaos. (José y Peppino salen corriendo, foro izquierda.)

MARG. (Foro derecha seguida de Marietta y mujeres.) ¡Leonardo!

CRIS. ¡Marietta!

MAR. ¡Crispín! (Se abrazan.)

CRIS. ¡Al fin te estrecho entre mis brazos! ¡Cuánto te habrán hecho sufrir esos bárbaros!

MAR. ¡Ay!... ¡no lo creas! (Suspirando.)

LEON. (A Brinquini.) Seguidme; os entregaré vuestro equipo.

BRIN. Un momento. (Al público.)

Y ya que pude escapar
con pellejo de este trance
no neguéis una palmada
á este músico ambulante.

FIN DE LA ZARZUELA

3 0112 117454667

Precio: UNA peseta